

# Incomprensión o una historia triste, muy triste

por Consuelo Armijo

**N**o sé cómo será el nacimiento de un pájaro en el nido. Cuando salga del cascarón, ¿sentirá su madre emoción? ¿Será para ella como una caja de regalo que, después de moverse y forcejear, se abre sola y ¡pum! aparece un pajarito de carne y hueso piando y todo? Me parece que no, o ¿a lo mejor sí? ¿Cómo lo vamos a saber si las pájaras deben de ser difícilísimas de entrevistar?

Sé que luego los pajaritos pían mucho pidiendo comida y que más tarde aprenden a volar.

Los he visto charlar en los parques:

—Pío, pío —se ríen.

—Pío, pío —se saludan.

—Pío, pío —se pelean.

Saltan divertidos por el suelo. Hay una especie de revuelo de pájaros y trinos por un paseo. No cabe duda: están jugando. De repente unos pasos se acercan. ¡Son seres humanos! ¡Esos monstruos con manos! Todos los pájaros echan a volar. Todos menos uno. ¿Qué le pasará? ¿Se habrá caído del nido y no sabrá? ¿Se habrá lastimado un ala? Parece muy chiquitito. Lo más probable es que se haya caído del nido.

Una niña lo recoge. Parece muy contenta y le acaricia la cabeza. El pajarillo está temblando entre sus manos. Siente miedo, siente horror. Eso está bien claro, ¿no?

La niña dice que se lo va a llevar a su casa y lo va a cuidar muy bien. Parece que el pájaro ha tenido suerte. Hay chicos malos que hacen sufrir a los pájaros. Pero...

El pájaro está muy disgustado. No quería ir a ninguna casa. Está hecho para ser pájaro, aprender a volar y vivir entre pájaros.

El pájaro pierde el apetito y no quiere comer.

—Se va a morir —dicen todos.

Y como la niña no quiere, le abre el pico a la fuerza y le hace comer a la fuerza.

—Lo principal es que salga adelante —se dice—. ¡Pobre bicho!

Al pájaro no le gusta la jaula donde le han metido. Se asusta al ver la cara de la niña que se le acerca cariñosa, se asusta al ver las manos que entran a limpiarle la jaula. Revolotea como un loco, choca contra los barrotes, se da en la cabeza, tira el agua de la bebida y pone toda la jaula perdida.

—Este pájaro es tonto. ¡Si no le hacemos nada! —dice la niña—. Si le hemos salvado la vida.

Cuando le sacan a la ventana a tomar el sol el pájaro pía como un loco, como un desesperado. Quizás el sol le recuerde el parque, la hierba, los árboles, su nido. Quizás está llamando a sus amigos, a su madre. Pero nadie se acerca al pájaro. Sólo una vez un gorrión descarado se posó en su jau-

la, se comió su lechuga y luego se marchó sin hacerle caso. Entonces el pájaro lloró. Sí, sí, lloró.

Al oscurecer la niña le metió dentro de casa. El pájaro no la quería. Sintió rabia y la picó. A la niña esto también le dio rabia.

—Es un desagradecido. ¡Si vive gracias a mí!

Gustavo, un amigo de la niña, le dijo un día:

—¿Por qué no le vuelves a dejar en el parque? A lo mejor le han crecido las alas y ya puede volar, o a lo mejor los padres le sepan agarrar y lo vuelvan a subir al nido.

—Pero ¿qué dices? ¿Para que caiga en manos de algún chico de esos que les arrancan las plumas?, o ¿quieres que se lo coma un gato?

—De todas maneras eso ya no será cosa tuya —dijo Gustavo—. Y aquí es desgraciado.

Pero la niña no le entendió.

El pájaro cada vez estaba más rabioso y picaba siempre que podía. A la niña le apenaba su «desagradecimiento» y un día se enfadó y le dio un papirotazo con el dedo. Al pájaro le hizo daño, pero no se amedrantó y picó otra vez.

—¡Es un antipático! ¡Es un desagradecido! ¡Es un malo! ¡Es una fiera!

La niña le hizo rabiar. Ponía el dedo en los barrotes y luego lo retiraba muy





MARTA BALAGUER.

deprisa para que no le pudiera picar. El pájaro se enfureció. Piaba bajito, muy ronco, con el pico muy abierto y las alas extendidas.

El día siguiente se lo pasó picando al aire, picando dedos imaginarios y picando los barrotes, que eran duros y no se rompieron. Por la noche el pájaro lloró.

Desde entonces ya no volvió a picar. Estaba quieto en su jaula. No hacía nada. Se había rendido al destino.

—Es sosísimo —decían ahora los humanos.

Otra vez el pájaro perdió el apetito, comía muy poco, se sentía mal.

Luego al pájaro le empezaron a do-

ler las patas. A veces le dolían mucho, pero ya no lloraba.

Y una noche el pájaro se murió. Se murió de dolor, se murió de pena, se murió de tristeza y ni siquiera lloró.

A la mañana siguiente le encontraron en el suelo de la jaula con las patas hacia arriba.

—¡Está muerto! —dijo la niña.

—¿Seguro? —preguntó su madre— bueno, entonces más vale que lo tires a la basura.

La niña lo tiró. Bueno, primero lo envolvió, pero el caso es que ella tampoco lloró.

Por la noche llegaron los demolidores camiones de la basura y el pá-

jaro se desintegró, pero a nadie le importó.

A su jaula la guardaron en un maletero. Al pájaro nadie le echó de menos.

© 1991, Consuelo Armijo.